

«Optimismo trágico» en la persona tributaria*

José Humberto Donati

Magistrado de Justicia. Rosario. Argentina

Al llegar a mis manos la convocatoria de la Fundación «Emmanuel Mounier», no comprendí inicialmente que para mí se trataba de un llamado a repensar muchos años vividos en su huella.

El «personalismo», en efecto, se difundió bastante en Latinoamérica en la década del 60, aunque ya era conocido desde mucho antes en círculos intelectuales y suscriptores de la revista «Esprit». En esos tiempos éramos jóvenes y corría en nuestras venas un ardor de gesta con ansias de abordar todos los «por qué». Fue entonces como un eco de la propuesta de Píndaro: «atrévete a ser lo que eres»; y un aviso en el mundo problemático inaugurado por el «atrévete a saber» de Kant. Vivíamos en el siglo inaugurado por el dogma: «Dios ha muerto» (Nietzsche); para concluir con: «el que mató a Dios ha muerto» (Foucault).

Mounier nos abría el horizonte, fundábamos un perfil y quedábamos a buen resguardo de servidumbres trágicas. El presente trabajo pretende ser un limitado testimonio de aquella impronta a partir de la siguiente premisa.

En la vieja edición de Eudeba releo: «el surgimiento de la persona creadora puede leerse en la historia del mundo, y aparece como una lucha entre dos tendencias en sentido contrario: una a la despersonalización, la otra es un movimiento de personalización» (*El Personalismo*, pág. 14).

Despertar y ocaso del hombre contemporáneo

Como es sabido, a partir del hombre moderno (Descartes, Kant, etc.) se desata en el mundo occidental un maravilloso progreso y con él, consecuencias también trágicas. Es lugar común decir que el extremo desabrimiento del existir (Lipovetsky) se da hoy bajo el más rico contexto de posibilidades de realizaciones humanas. El modernismo trajo consigo, desde una revalorización del sujeto —que dejaría de estar disuelto en un orden rígido— hasta las grandes conquistas de la ciencia y la técnica, los descubrimientos y la formidable inyección de inquietud reflexiva. Sin embargo hoy percibimos más bien sus consecuencias *catastróficas*. Aquello que Marcel llama un «mundo roto» y que no es otra cosa que la crisis terminal del modelo antropológico vigente. Es decir, cierta consmovisión paradigmática o cultural, capaz de reproducirse en las conductas humanas concretas como modos de ser de los hombres en determinado tiempo. Tiene un perfil de vigencia (tradicción) hasta que es cuestionado (ruptura) por otro modelo que surge y se impone. El modelo anterior no desaparece del todo, ambos coexisten y hasta pugnan entre sí o con otros. De tal modo es dable inferir el por qué de los hábitos y comportamientos humanos en los modelos que subyacen; con implicancia de la libertad personal que los funda.

* Este ensayo fue elegido finalista del Premio Emmanuel Mounier (julio, 2000).

La persona tributaria

Una nota es, sin embargo, común y relevante: el carácter tributario de la persona como ser libre. Es libre en el optar, pero no lo es para no hacerlo frente a realidades que le preceden y lo superan. Así como en política el abstencionismo suele ser una opción soterrada, en todo orden del existir personal sucede algo parecido, desde que somos titulares de una libertad que nos es dada irrevocablemente en un marco predispuesto y de lucha en el que estamos implicados. En una palabra no le es dable al ser personal no afluir con su ser libre en algún sentido de los modos de ser predispuestos o a superar.

Por eso, desde cierta perspectiva esa libertad aparece como «regalo», «don», y desde otra es «impostura», «sin sentido», mera invitación a la autonomía individual. De tal modo el ángulo, el punto de enfoque, el área bajo cuya luz se sitúa la persona es para ella decisiva, central.

Desde lo vivido el hombre puede reconocer un itinerario como propio, pero cuando ahonda la mirada aparece como suscitado por llamadas, invitaciones, sugerencias, provenientes de algo que le supera. La experiencia personal lo certifica apenas reparamos en lo que nos sucede.

Por último, las realidades predispuestas dominantes y disponibles, que obran como fuerzas que reclaman y suscitan, se hallan en pugna. Por un lado son tendencias que alienan, embotan, frustran el ser persona; o bien por el contrario llevan a un despertar creciente hacia la plenitud de una libertad siempre reconquistada por el ineludible ejercicio práctico de la opción. A veces fácilmente discernibles, otras —las más— surcadas de relatividad y ambivalencia.

El hombre ilimitado. El modelo como cautiverio (racionalismo)

No parece un dato trivial que Kant renunciara a responder a las preguntas «qué debo esperar» —por imposición del régimen prusiano de entonces— y «que es el hombre», por gravitación de las circunstancias. No fue una renuncia de superficie para no enfrentar al régimen o un descuido por los devaneos de la sabiduría científica.

No. Fue la imposibilidad de afrontar el interrogante con las herramientas del intelecto ra-

cional puro. Y es que por la posición, por el ángulo antropológico en que se sitúa para afrontar tales realidades le resulta imposible acceder. No admite que en cuanto tributario es radicalmente pobre, entitativamente limitado.

De tal modo, la autopostulación desde una posición de jerarquía ilimitada —autónoma, cerrada y superior— de la razón tributaria sólo de sí misma, comporta una formidable claudicación a su ser mismo; a la auténtica libertad recibida. Opción engañosa por la cual en lugar de abrir las ventanas de sí mismo, las entorna cegadoramente desde una cúspide inexistente.

Sus continuadores al afrontar tales preguntas bajo aquella premisa han alentado multitud de respuestas insuficientes y su proyección práctica no es otro que el paradigma opresivo que ha penetrado hasta la raíz como cultura arraigada —imperio de la razón— en el ser personal contemporáneo de occidente.

El modelo se transforma pues en cautiverio cuando paradójicamente aspiraba a una radical liberación de todo límite. El drama del hombre hoy, heredero de aquella ruptura-retorno-retroceso consiste en la imposibilidad de arrancar, desde un «sí mismo» despellejado y herido, las escamas vivas de la modernidad idealista en un trágico espectáculo colectivo de desorientación y naufragio: desgarramiento inefable del espíritu. Se extrapoló un inmenso poder limitado (libertad personal) hacia un encumbramiento ilimitado (individuo) como portal de lo que ahora se pregona como apatía y suicidio.

La naturaleza de este fracaso consiste en haber prescindido de una realidad propia del ser de la persona: que es, en cuanto dado, limitado.

Hacia una perspectiva de resistencia: ¿ruptura?

La beligerante megafonía de la post-modernidad nos tiene por inopinados protagonistas y debiéramos tener cuidado de no caer en sus límites dialécticos. He aquí una resistencia táctica, pues a estas playas del ser, con todas sus grandezas pero con sus radicales iniquidades, fuimos también traídos, arrastrados.

Y aquí aparece con gran vigor el dato de ser tributarios de realidades predispuestas y es indispensable superar la disputa menuda entre sub-



1948, Munich. Reuniones Internacionales

modelos ajados para alcanzar la perspectiva superior de que el hombre libre sólo crea por encima de sí mismo, arrasado por todas las tempestades del existir. Así la dimensión de la persona no se reduce ni se comprende sólo por la «tradición» o por una «ruptura» de superficie en el o los modelos circunstanciales. Sino que resiste en un marco superior de implicancias trans-históricas en las que, lo sepa o no, participa. En ello me parece ver la propuesta de Mounier de «rehacer el Renacimiento», como clave del personalismo.

El ser limitado no significa carecer de una vocación de absoluto, antes bien, es presupuesto de su mismidad inalienable; porque volviendo a Mounier: la persona «se da o no se da, pero no se presta jamás».

Éste sería el sentido de una perspectiva de resistencia que lo es no a una modernidad en cuanto tal, sino a lo que en su tradición se halla implicado, cautivo del ser humano.

Los modelos en perspectiva

Al entrar el hombre post moderno en el crepúsculo de su fe vana, proyecta en el marco limita-

do al que se ha aferrado despiadadamente contra sí mismo, aquello que le falta. Ejemplo es la moda de esoterismo, religiosidad al uso, «nueva era», orientalismo, etc. Ya Buber describe en Nietzsche y Heidegger esa «soledad cada vez más gélida... donde ya no le es posible extender, en su soledad, los brazos en busca de una figura divina».

Si vuelve su mirada a sus fundamentos ancestrales los modelos antropológicos le orientan. Siendo anteriores a la persona también la iluminan y construyen.

De los modelos vigentes se consideran clásicos el greco-romano y el judeo-cristiano-europeo. Es además cierto que «la tradición judeocristiana ha sido el principal motor, probablemente, junto con la racionalidad griega y la fuerza vital europea, de la historia de la libertad» (Garrido, J.).

Al volver los ojos al judeo-cristianismo aparece el mito junto a la razón. No hay interrogación sólo a partir de la preocupación por un saber. Destacan vivencias de hechos con relación a una promesa a realizarse —susceptible por lo demás de cierta constatación— en una historia de salvación. La supremacía del hombre sobre todo lo existente también se destaca, pero libremente

originada por Alguien totalmente distinto a todo lo que aquél conoce y experimenta.

En la bisagra de esta gran tradición occidental —entre Antiguo y Nuevo Testamento— Cristo es interrogado por el «primer mandamiento» (Mc. 12, 28-31). El escriba enuncia la cuestión nuclear sobre la persona humana. ¿Qué he de hacer?, ¿qué se me pide?, ¿para qué estoy aquí? Aún... ¿qué me justifica? No es un interrogante teórico sobre si Dios existe, quién soy, de dónde vengo, a dónde voy, cuál es la verdad. Estas preguntas del humanismo racional aún legítimas quieren «saber», «llenarse», «satisfacer». La perspectiva más honda y unitiva es, en contraste, una pregunta ética; que no pone el ser de sí por delante como problema y reconoce una ley que es expresión o forma de una experiencia fundante y personal. Experiencia que resulta espíritu del mandamiento.

Y la respuesta se da luego de un rodeo preciso: «Escucha Israel...». Es un ábrete, eco del llamado a Samuel, quien al fin acertaba a responder «habla Señor que tu siervo escucha» (10 Samuel 3, 10), paradigma del modo de ser tributario. Luego, el develamiento es insistencia de una realidad superior: una Persona inaprehensible para la razón con necesaria sintonía en el terreno inefable del amor.

El hombre recupera su respiración normal en una perspectiva de confianza que comprende su racionalidad, su irracionalidad (mito), su libertad y su limitación.

En ese contexto de modelo antropológico la «ruptura» es paradójicamente «Alianza», promesa y consumación. Una ruptura que une, re-une en la libre aceptación del tributante; realiza integralmente. Vale tener presente los esfuerzos humanos (ruptura) siempre fallidos de autosalvación, y la realización máxima e insospechada de esa Alianza en el itinerario del Caín errante.

Esta reflexión parece decir que todo depende de la fe. No hay nada a verificar. Además, ¿qué hizo la Iglesia en su milenario mundo teo-céntrico? ¿Liberó al hombre? ¿No fue un orden jerárquico asfixiante, plagado de vicios y abusos? Acaso, ¿no fue respuesta a ese modelo la ruptura modernista?

Todo es más o menos cierto. Pero en la perspectiva de fondo, estando en juego su libertad, la vinculación entre las realidades superiores y la persona es una relación viva. Aquello se revela,

pero no plenamente; se ve, pero no tanto; aparece mas se oculta. Una revelación manifiesta —más allá de Cristo—, ¿a qué confinaría a la persona libre? La no similitud de dimensiones hace de este diálogo casi lúdico de silencios, manifestaciones parciales, esperas, avances y retrocesos, un esfuerzo agonal permanente.

El tema de la fe, es cierto, resulta inverificable. No es tela de ciencia. Pero al haberlo referido al modelo «teo-antropocéntrico» nos atengamos a un dato de la realidad en el que la fe está implicada como supuesto del modelo, no como tema a dilucidar, o como ingrediente en sí mismo indiscutible.

En tanto la persona asuma la nota de su miseria de ser tributario libre con vocación de absoluto, es posible ver la historia bajo otra óptica. Recuperar este largo itinerario de búsqueda y superación, en la que el hombre parece haber llegado a sus límites. Y haberse situado *ex-limina* como aquél que al extralimitarse se e-limina (Sloterdijk, P.).

La reflexión personalista busca recuperar la persona a partir de sus notas: de su libertad, su dignidad y jerarquía, pero también de su limitación que significa saberse inmerso en una realidad superior en la que la opción es irrenunciable hacia alguna de las vertientes.

El Personalismo y América Latina

Omito por razones de espacio reflexionar sobre la otra vertiente en juego: la comunidad o «pueblo», que es la otra dimensión básica del pensamiento de Mounier.

Nuestro continente es sinónimo de contrastes. Padece todas las miserias del siglo corregidas y aumentadas. Aquí se corporiza la sensación de lo ilimitado, la desmesura (*hybris*) de los extremos, el lacerante espectáculo de la postergación y la exclusión masiva de la persona, rebaños de hambrientos, mendigos en plena lozanía y la ya clásica civilización de drogados.

La «persona tributaria» no es para nosotros «el hombre pobre», sino que en cuanto hombre la persona es pobre: limitada en su ser. Término éste (pobre) también desgastado y ahuecado por la razón. Se relaciona sin dudas con el hambre, la necesidad, el sudor, la enfermedad y la muerte, el exilio, el trabajo fatigoso, la dura realidad

de cada día. Pero es además el término más recapitulativo que pone al hombre como creatura y que el Nuevo Testamento ennoblece a nivel de bienaventuranza. Es decir aquél que reconoce en sus límites el eje de su liberación. Permanecer sin traicionar esa liberación no es eternizarse en la miseria —pobreza ornamental del rico de corazón— sino inmunizarse a la tentación de sentirse ilimitado cualquiera fuese la situación exterior alcanzada. Este reconocimiento recupera una dimensión de realismo antropológico central que es territorio propio de la reflexión personalista en América Latina donde una de sus figuras tragicómicas es el nuevo rico, o el empresario que habiendo sido obrero esclaviza a sus subordinados.

La inmensa aportación que es de esperar del «Personalismo» se ubica pues en una estrategia central difusora de llamados a ser. En primer lugar, porque en su virtud es posible recuperar un rostro personal desdibujado: que todo ser humano es pobre y en ello se funda una exigencia comunitaria superior de reciprocidad indispensable; en donde nadie pertenece a nadie, sino a sí mismo y se proyecta en libertad conciente de ser limitado. Esta perspectiva inmuniza contra el riesgo de degenerar en ideología pues este perfil de pensamiento enraizado en convicciones centrales es filosofía. Y lo es en cuanto defiende su derecho a no convertirse en un mecanismo distribuidor de resultados garantizados. Es libre pues su objeto desembota, suscita, aspira a «despertar personas», difundir llamados que liberan.

La promoción humana es sin dudas la primera acción válida en un continente de miserias extremas. El personalismo es una dimensión cultural capaz de suscitar en cada persona un despertar creciente hacia la paz que no se construye sin libertad y no se alcanza sin una clara conciencia del sentido fuerte del perdón.



El Personalismo en América Latina. Grupo de miembros del Instituto E. Mounier de México

Decir que la persona es «tributaria» comporta reconocer y enfatizar lo obvio: que se es conciente. Y que su conciencia tiene un corazón libre. Es saberse dialogante con personas que la rebasan. Por lo que no son los modelos como tales —los sistemas o las culturas— más que ámbitos en que esa comunicación se establece. El personalismo gravita así en el centro del problema contemporáneo por excelencia. Por eso, en este siglo por nacer tal vez se exprese en toda su dimensión el movimiento de personalización.

Ahora que se ha desatado como una ideología y una especie de competencia mediática por la solidaridad, Mounier rescata el derecho de la persona a elegir el camino por sí misma, pues no hay renuncia mayor que la de ya no atreverse a ser lo que uno mismo es.